



CAPSULAS

Por Alvaro Arvelo, hijo

Esta columna está de luto.

Como lo está el país.

Como lo está la cultura.

Como lo están los historiadores.

Como lo están los abogados.

Como lo están los filósofos.

Como lo están los hombres de bien.

Como lo están los que aman la cultura.

Como lo están los que aprecian los verdaderos valores.

Como lo está la enseñanza.

Como lo está su esposa.

Como lo están sus hijos.

Como lo está su hermana.

Como lo está toda su familia.

Como lo estamos sus vecinos.

Como lo estamos sus viejos amigos.

Como lo está todo el que se sentó bajo la sombra am-

plia, generosa, fructífera y querida del árbol gigantesco y pródigo que se llamó Vetilio Alfau Durán.

—0—0—

Con mucha frecuencia, este servidor acudía a escuchar al maestro.

Cuando quería una orientación, acudía al maestro.

Cuando necesitaba un dato, acudía al maestro.

Cuando me hacía falta la consulta de tal o cual libro, acudía al maestro.

Cuando necesitaba aprender Historia, acudía al maestro.

Cuando quería aprender Política, acudía al maestro.

Cuando quería escuchar la palabra de un sabio, acudía al maestro.

Cuando quería ser escuchado por un amigo socrático, acudía al maestro.

Cuando quería conversar de diferentes temas, desde Historia hasta el Derecho pasando por las Ciencias, acudía al maestro.

Cuando quería oír anécdotas, jocosidades y relatos formidables, acudía al maestro.

Cuando quería comprender, una vez más, lo poco que he aprendido y lo mucho que debo aprender, acudía al maestro.

Al maestro sencillo, bondadoso, sonriente, abierto como un libro lleno de páginas impresas y de “páginas del espíritu”.

Acudía a don Vetilio.

—0—0—

Y en su biblioteca y en su galería, nos “interrumpían” las llamadas telefónicas de eruditos que también acudían al maestro.



A veces, la llamada era del doctor Balaguer.

O llegaba otra visita, muchas veces de los propios historiadores, sin que faltara la de don Emilio Rodríguez Demorizi.

O la de don Julio Genaro Campillo Pérez.

Sería interminable hablar de los que acudían a beber en la fuente de agua fresca e inacabable de don Vetilio.

Lamento profundamente la muerte de mi maestro y amigo don Vetilio.

¡Adiós, viejo querido!

